

mas los nombra; y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, ó en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra." Sancho respondió: "Yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos; que me ha tomado un desmayo de estómago que, si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo; mi oislo me aguarda; en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos;" y, sin esperar respuesta ni decir otra palabra, se fué á su casa. Don Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el bachiller el envite; quedóse; añadióse al ordinario un par de pichones; tratóse en la mesa de caballerías; siguióle el humor Carrasco; acabóse el banquete; durmieron la siesta; volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

#### CAPÍTULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

VOLVIÓ Sancho á casa de Don Quijote, y, volviendo al pasado razonamiento, dijo: "Á lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber quién, ó cómo, ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiéndome, digo, que la noche misma que, huyendo de la Santa Hermandad, nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor, arrimado á su lanza, y yo, sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma; especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que, quien quiera que fué, tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio sin que yo lo sintiese.— Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo; que lo mismo le sucedió á Sacripante cuando, estando en el cerco de Albraca, con esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo.— Amaneció, prosiguió Sancho; y, apenas me hube estremecido, cuando, faltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran caída; miré por el jumento, y no le ví: acudieronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentacion que, si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuántos dias, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venia sobre él, en hábito de gitano, aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que

quitamos mi señor y yo de la cadena.—No está en eso el yerro, replicó Sansón, sino en que, antes de haber parecido el jumento, dice el autor, que iba á caballo Sancho en el mismo rucio.—Á eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor.—Así es, sin duda, dijo Sansón; pero ¿qué se hicieron los cien escudos?—Deshiciéronse, respondió Sancho; yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor Don Quijote: que, si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y, si hay mas qué saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo Rey en persona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté; que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedis cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces.—Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar al autor de la historia que, si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realizarla un buen coto mas de lo que ella se está.—¿Hay otra cosa qué enmendar en esa leyenda, señor bachiller? preguntó Don Quijote.—Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.—Y, por ventura, dijo Don Quijote, ¿promete el autor segunda parte?—Sí promete, respondió Sansón; pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no; y así por esto, como porque algunos dicen: *nunca segundas partes fueron buenas*; y otros, *de las cosas de Don Quijote bastan las escritas*, se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: *vengan mas quirotadas, embista Don Quijote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos*.—Y ¿á qué se atiene el autor? dijo Don Quijote.—¿Á qué? respondió Sansón: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado mas del interés que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna.” Á lo que dijo Sancho: “¿Al dinero y al interés mira el autor? ¡maravilla será que acierte! porque no hará sino harbar, harbar como sastre en vísperas de pascuas, y, las obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfección que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace; que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano, en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer, no solo segunda parte, sino ciento. ¡Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas! pues ténganos el pié al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que yo sé decir es que, si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes

caballeros.” No habia bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó Don Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer, de allí á tres ó cuatro días, otra salida; y, declarando su intento al bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaría su jornada, el cual le respondió, que era su parecer que fuese al reino de Aragón, y á la ciudad de Zaragoza, adonde, de allí á pocos días, se habian de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de San Jorge, en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinación, y advirtióle que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras. “Deso es lo que yo reniego, señor Sansón, dijo á este punto Sancho; que así acomete mi señor á cien hombres armados, como un muchacho goloso á media docena de badeas. ¡Cuerpo del mundo, señor bachiller! sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo *¡Santiago y cierra España!* y mas, que yo he oído decir, y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasia pide otra cosa; pero, sobre todo, aviso á mi señor que, si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona, en lo que tocare á su limpieza y á su regalo; que, en esto, yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamás sirvió á caballero andante; y si mi señor Don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios; y mas, que tan bien, y aun quizá mejor, me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo, por ventura, si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir. Pero si, con todo esto, de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo, me deparase el cielo alguna ínsula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que tambien se dice: *cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; y cuando viene el bien, mételo en tu casa*.—Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero, con todo eso, confiad en Dios y en el señor Don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula.—Tanto es lo de mas como lo de menos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no

echara mi señor el reino que me diera en saco roto; que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas; y esto, ya otras veces lo he dicho á mi señor.—Mirad, Sancho, dijo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que, viéndoos gobernador, no conociédeses á la madre que os parió.—Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo: ¡no, sino llegaos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno!—¡Dios lo haga! dijo Don Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos.” Dicho esto, rogó al bachiller que, si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyese *Dulcinea del Toboso*. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dejaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composición, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete; y que, si hacia cuatro *castellanas* de á cuatro versos, sobraba una letra; y si de á cinco, á quien llaman *décimas ó redondillas*, faltaban tres letras; pero, con todo eso, procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. “Ha de ser así, en todo caso, dijo Don Quijote; que, si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros.” Quedaron en esto, y en que la partida seria de allí á ocho dias. Encargó Don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolás, y á su sobrina y al ama, por que no estorbasen su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió, encargando á Don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en orden lo necesario para su jornada.

## CAPÍTULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

LLEGANDO á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice, que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que á su oficio debia; y así, prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa, tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta; tanto, que la obligó á preguntarle: “¿Qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venís?” Á lo que él respondió: “Mujer mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro.—No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento; que, magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.—Mirad, Teresa, respondió Sancho: yo estoy alegre, porque tengo determinado de volver á servir á mi amo Don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de tí y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pié enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y enrucijadas, pues lo podia hacer á poca costa y no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte: así, que dije bien, que holgara, si Dios quisiera,